

—Y á la salud de todos nuestros amigos ausentes—dijo, apurando el resto.

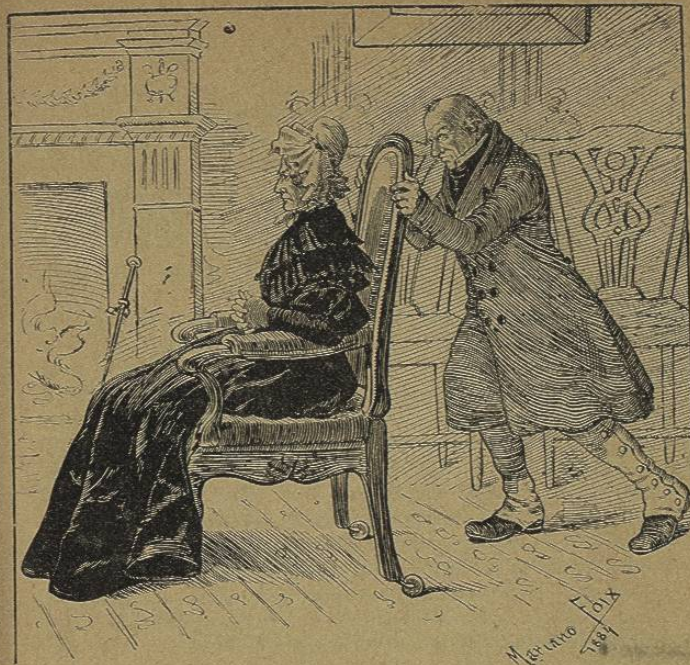
Después de haber dejado el vaso en la mesa, cogió un cofrecillo de hierro de unos dos pies cuadrados, y se lo colocó debajo del brazo. Jeremías vigilaba atentamente para cerciorarse de que su compañero podía llevarlo con seguridad, y dirigiéndole terribles amenazas al encargarle que tuviese cuidado con lo que hacía, adelantóse de puntillas hacia la puerta para abrirla de par en par. Affery, que había previsto esta salida, hallábase ya en la escalera. Lo demás pasó de una manera tan natural, que pudo ver cómo abría la puerta, sentir el aire fresco, y distinguir las estrellas que brillaban en el cielo.

Pero entonces fué el sueño más extraño. Infundíale tal temor su esposo, que permaneció en la escalera sin poder moverse para volver á su cuarto, lo cual era muy fácil hacer antes que Jeremías cerrase la puerta de la calle; y así es que cuando éste comenzó á subir para ir á acostarse, encontróse con Affery. Esto pareció extrañarle, mas no dijo una palabra, y fijando la vista en su mujer, prosiguió su camino. Affery, bajo la influencia de esta mirada, retrocedía mientras que él avanzaba; de modo que llegaron juntos á la alcoba. Una vez cerrada la puerta, el marido cogió á su mujer por el cuello, oprimiéndola de tal manera que por poco la estrangula.

—¡Hola, hola, señora Affery!—exclamó Jeremías con irritable acento.—¿Eres sonámbula? ¡Despiértate! ¿Qué te pasa?

—Es que... me sobrecoje...

—¡Ah, señora mía!... ¿Te has levantado dormida? Yo subo para acostarme, después de haberme dormido también abajo, y te encuentro en el peinador y presa de una pesadilla. Affery, amiga mía—añadió con una sonrisa extraña,—te advierto que si vuelves á soñar de tal manera, me probarás que necesitas alguna medicina; y te aseguro que te propinaré una buena dosis... ¡ya verás! ¡ya verás!



## CAPITULO V

### Negocios de familia

Al día siguiente, cuando los relojes de la Cité daban las nueve, la señora Clennam, sentada en su sillón de ruedas, fué colocada por Jeremías Flintwinch delante del gran pupitre; y cuando le hubo abierto, el viejecillo se retiró, presentándose al breve rato Arturo Clennam.

—¿Se encuentra usted mejor esta mañana, madre?—preguntó.

La viuda movió la cabeza con ese mismo aire de lúgubre satisfacción que había manifestado la víspera al hablar del tiempo.

—Nunca estaré mejor—dijo;—mas felizmente para mí, Arturo, ya lo sé, y estoy resignada.

Con las manos puestas sobre el gran pupitre que se elevaba ante ella, la viuda parecía (así lo pensó Clennam) estar tocan-



do el órgano mudo de una iglesia. Arturo tomó asiento á su lado.

La viuda abrió dos cajoncitos, revisó ligeramente algunos papeles y volvió á colocarlos en su sitio. Su fisonomía severa no presentaba en sus fibras inflexibles el más mínimo indicio que pudiese guiar al observador en el sombrío laberinto de su pensamiento.

—¿Podré hablar á usted de negocios, madre?—preguntó Arturo.—¿Está usted dispuesta á escuchar?

—¡Que si estoy dispuesta, Arturo! ¿No sería yo más bien la que debe hacer esta pregunta? Ya hace más de un año que tu padre ha muerto, y desde entonces me hallo á tu disposición, esperando que tengas á bien hablarme.

—Tuve muchas cosas que arreglar antes de marcharme; y después he viajado un poco, buscando alguna distracción.

La viuda miró á su hijo fijamente, cual si no hubiese comprendido bien esta última frase.

—¿Para distraerte, dices?—repuso, paseando á su alrededor una mirada, como si tomase á la habitación por testigo de que ella no sabía lo que era aquello.

—Por otra parte, madre—continuó Arturo,—como usted era la única ejecutora testamentaria y la sola encargada de administrar la sucesión, poco me quedaba que hacer, ó más bien nada, antes de haberlo arreglado usted todo á su gusto.

—Ya está hecho el balance—dijo la viuda,—y aquí tengo las cuentas, con los comprobantes examinados; puedes verlos cuando te plazca, Arturo; ahora mismo si quieres.

—Me basta saber que están en regla. ¿Puedo continuar, madre?

—¿Por qué no?—contestó la viuda con tono glacial.

—Madre, hace algún tiempo que los negocios de nuestra casa se reducen cada año, disminuyendo progresivamente nuestras relaciones comerciales. No hemos mantenido nunca mucha confianza, ni nos hemos hecho dignos de ella, por lo tanto; por eso nos han faltado siempre amigos; la marcha que aquí se ha seguido no es ya propia de nuestra época, y estamos muy atrasados. No creo necesario insistir sobre este punto, madre, pues ya debe usted estar al corriente.

—Comprendo lo que quieres decir—repuso la viuda con el mismo tono glacial.

—La casa misma en que estamos—prosiguió el hijo,—es una prueba de lo que acabo de manifestar. En los primeros tiempos de mi padre, y aun antes de él, en vida de su tío,

hallábase este edificio en el barrio de los negocios, en el verdadero centro de las operaciones; pero hoy, su presencia aquí es una anomalía, una extrañeza que no tiene ya razón de ser. Hace mucho tiempo que nos vemos obligados á dirigir todas nuestras consignaciones á la casa Rovingham: no se me oculta que el buen juicio de usted y su vigilancia han sido un freno útil para nuestros agentes, y que ha trabajado usted en interés de mi padre; pero esas cualidades habrían favorecido igualmente á la fortuna de la casa si hubiese usted vivido en otra parte. ¿No es así?

—¿Piensas tú—replicó la señora Clennam, sin contestar á la pregunta de su hijo,—que una casa no tiene su razón de ser, cuando protege á tu madre achacosa, que ha pasado aquí por tan rudas pruebas?

—Yo me refiero sólo á la razón de ser comercial.

—¿Con qué objeto?

—Ahora lo diré.

—Sospecho—replicó la viuda, mirando fijamente á su hijo,—lo que vas á decirme; pero el Señor me libre de quejarme, sea cual fuere la aflicción á que me someta. Una infeliz pecadora como yo merece los más amargos desengaños, y aceptaré también este.

—Madre, siento mucho oírle hablar así, aunque un triste presentimiento me lo anunciaba de antemano.

—Lo creo; me conocías demasiado para no suponerlo.

Arturo hizo una pausa; sorprendíale haber encendido una llama en aquella mujer de hielo.

—Muy bien—continuó la señora Clennam, recobrando su frialdad,—prosigue.

—Usted habrá previsto, madre—dijo Arturo,—que he resuelto, por mi parte, no ocuparme más de los negocios de la casa, á los cuales renuncio. Yo no me aventuraré á dar á usted el mismo consejo, porque bien conozco que sería inútil; y si tuviese la menor influencia sobre usted, la emplearía para inducirle á considerar con más indulgencia los motivos que me obligan á desvanecer sus esperanzas, recordándole al mismo tiempo que he llegado á la mitad de la carrera de mi vida sin haber opuesto jamás mi voluntad á la de usted. No aseguraría, sin embargo, que he podido conformarme, de corazón ó por convicción con su manera de ver, ni osaría afirmar tampoco que los cuarenta años que pesan sobre mi cabeza, hayan sido para mí provechosos ó agradables; más diré, ni



para mí ni para los otros; á todo me he sometido, y cuanto deseo ahora es que no lo olvide.

Mucho le valió á la rígida anciana en este momento, para contenerse, el amparo de su religión mística, llena de austeridad y de tinieblas, que no le impedía proferir á veces gritos de maldición y de venganza. Para la señora Clennam era letra muerta aquello de «Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.» Ella decía: «Hiere á mis deudores, Señor; aplástalos, aniquílalos, hazles lo que yo les haría, y entonces te adoraré.» Tal era la torre impía, la torre de granito que la viuda edificaba para subir al cielo.

—¿Has concluído, Arturo—preguntó la señora Clennam,—ó te queda aún algo que añadir? No lo creo. Has hablado poco, pero has ido derecho al asunto.

—Madre, aun me resta hablar á usted de una cosa que hace largo tiempo me preocupa noche y día; y más difícil de decir que todo cuanto le he manifestado, porque no se trata de mí ahora, si no de todos nosotros.

—¿De todos nosotros! ¿Qué entiendes por esto?

—Usted, yo y mi difunto padre.

La señora Clennam retiró sus manos del pupitre, cruzólas sobre sus rodillas, y miró el fuego con la expresión indefinible de una esfinge antigua.

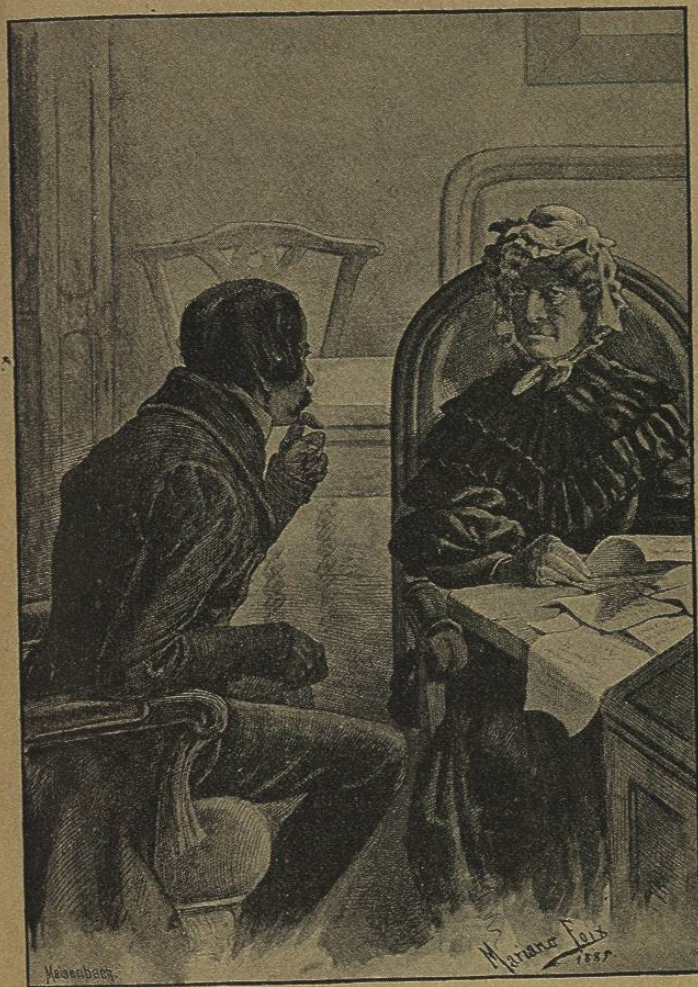
—Usted ha conocido á mi padre mucho mejor que yo—continuó Arturo,—y recuerdo que sólo delante de usted era reservado conmigo. Tengo presente que el carácter de usted era más enérgico, y que no se dejaba dominar. Niño aún, comprendí esto tan bien como ahora, y sé igualmente que la influencia que usted ejercía sobre él fué la causa de su marcha á la China, á donde iba para cuidar de nuestros negocios, mientras que usted hacía lo propio aquí. Ignoro, sin embargo, aun hoy, si tales fueron las condiciones de la separación, y sólo sé que por voluntad de usted permanecí aquí hasta los veinte años, habiéndome enviado entonces á reunirme con mi padre en la China. Supongo que no la ofendo al recordarle algunos hechos que datan de veinte años.

—Quisiera saber por qué me los recuerdas.

Arturo bajó la voz, y con marcada vacilación, repuso:

—Y yo deseo saber, madre, si ha llegado usted á sospechar alguna vez...

Al oír la palabra *sospechar*, la viuda fijó la vista en su hijo, frunciendo las cejas, y después miró otra vez el fuego, pero



—¿Has concluído, Arturo?—preguntó la señora Clennam



con la misma expresión, tan inalterable en aquel momento, como la que un escultor de la antigüedad pudiera grabar en un rostro de granito para conservar durante siglos su mirada de enojo.

—... A sospechar—prosiguió Arturo,—que mi padre pudiera estar atormentado por algún recuerdo secreto... por algún remordimiento. Quisiera saber si ha observado usted nunca en su conducta algo que pudiera sugerirle semejante idea; si le habló usted alguna vez sobre el particular, ó si él mismo hizo ninguna alusión.

—No comprendo bien qué especie de recuerdo secreto podría tener tu padre. Hablas con tanto misterio..

Arturo se inclinó hacia adelante, para poder hablar más bajo, á su madre, y poniendo la mano sobre el pupitre con un movimiento nervioso, añadió:

—¿No sería posible que hubiese cometido desgraciadamente una falta contra alguno, y no la hubiese reparado antes de su muerte?

Dirigiendo á su hijo una mirada de cólera, la señora Clennam hizo retroceder su sillón para separarse de Arturo, pero no contestó.

—Comprendo muy bien, madre, que si semejante idea no cruzó jamás por su mente, mi pregunta, aunque se la dirija en voz baja, debe parecer á usted cruel y reprehensible; pero este pensamiento me persigue incesantemente sin que el tiempo ni los viajes puedan borrarla de mi imaginación. Recuerde usted que yo me encontraba con mi padre, y que vi la expresión de su semblante cuando me confió el reloj, esforzándose para darme á entender que era preciso enviárselo á usted, como una prenda cuya significación comprendería; recuerde usted que estuve á su lado en los últimos momentos, ayudándole á sostener un lápiz para trazar una palabra que usted debía leer, pero á la cual no pudo dar una forma inteligible. Cuanto más vaga y misteriosa es la cruel sospecha que me martiriza, más fuerza le dan las circunstancias que podrían contribuir á justificarla. ¡En nombre del cielo! veamos cuidadosamente si se ha cometido alguna injusticia que debemos reparar; nadie mejor que usted, madre, podría ayudarme en ello.

Retrocediendo siempre en su sillón, aunque poco á poco, la viuda parecía retirarse ante su hijo como una fantasma irritada, sin despegar los labios.

—A fuerza de coger dinero con mano ávida y de hacer con-



tratos ventajosos (forzoso es decirlo ahora, madre,) fácil sería haber engañado ó arruinado á cualquiera. Antes de venir yo al mundo, ya era usted la que dirigía los negocios, y desde hace cuarenta años su espíritu, más firme, ha influido en todas las transacciones de mi padre, por lo cual creo que podría usted desvanecer todas mis dudas ayudándome á descubrir la verdad. ¿Quiere usted complacerme, madre?

Arturo hizo una pausa, como esperando la contestación, pero los labios comprimidos de la viuda permanecieron inmóviles.

—Si se trata de una reparación, de una restitución que podamos hacer, sepámoslo y hagámosla—prosiguió Arturo,—ó más bien, si mis medios bastan, permítame usted llevarla á cabo, madre. Harto he reconocido que el dinero no sirve mucho para obtener la felicidad, y de ello tenemos la prueba en esta misma casa; para mí representa menos valor que para cualquier otro, sobre todo cuando pienso que sólo ha servido para envenenar las últimas horas de mi padre, y que tal vez no se haya adquirido leal y honradamente el que poseo.

A dos ó tres pasos del pupitre pendía el cordón de una campanilla: por un rápido movimiento de su pie, la viuda hizo retroceder bruscamente su sillón y llamó con extraordinaria violencia, levantando después su brazo á guisa de escudo, como si tratase de parar un golpe con que la amenazara su hijo.

Una joven se presentó al punto azorada.

—¡Que venga Jeremías!—dijo la viuda.

Un momento después presentóse el viejo en el umbral de la puerta.

—¡Cómo!—exclamó, pasándose tranquilamente la mano por la cara,—¿están ustedes representando ya el yunque y el martillo? Seguro estaba de que sucedería así.

—¡Jeremías!—gritó la viuda;—¡mira á mi hijo, mírale!

—Y bien, ya le veo. ¿Qué hay?

La señora Clennam tendió el brazo para señalar el objeto de su cólera y añadió:

—¡Apenas hace algunas horas que está de vuelta, apenas se ha secado la humedad de sus botas, cuando ya comienza á calumniar la memoria de su padre en presencia de su madre! Me ruega que le ayude á espiar la vida pasada de mi difunto esposo. ¡Teme que los bienes de este mundo tan penosamente acumulados por nosotros, trabajando noche y día, y á costa de mil privaciones, sean sólo un botín mal adquiri-

do, y dice que es preciso devolverlo á título de reparación y restitución!

Aunque la cólera de la viuda se había convertido en furor, sus palabras eran contenidas, más aun que de costumbre, y nunca hubiera podido expresarse con mayor claridad.

—¡Reparación!—continuó;—¡bien puede hablar de esto el que acaba de viajar y divertirse en no sé qué países extranjeros, entregándose á una vida de vanidades y placeres. Mientras, yo estoy aquí aprisionada, encadenada y sufro todo esto sin quejarme, porque al Señor le plugo imponerme tal existencia para redimir mis pecados. ¡Reparación! ¿Se creará por ventura que no ha habido ninguna en este cuarto? ¿Se creará que no es suficiente la de estar encerrada aquí quince años? ¡Jeremías!—añadió de pronto la señora Clennam,—dame ese libro.

El viejo cogió uno que estaba sobre la mesa y entrególo á su señora; ésta puso dos dedos entre las hojas del volumen, volvió á cerrarlo y extendió la mano hacia su hijo con ademán amenazador.

—En otro tiempo, Arturo—dijo,—en la época de que habla este divino comentario, existieron hombres piadosos, amados del Señor, que hubieran maldecido á sus hijos por menos que esto, que habrían exterminado naciones enteras, si éstas hubiesen osado apoyar al hijo maldito; y toda su raza, proscrita de Dios y de los hombres, hubiera perecido hasta el último vástago; pero no iré tan lejos. Solamente quiero advertirte que si vuelves á decirme una palabra sobre este punto renegaré de tí, expulsándote de mi presencia de tal modo que te arrepentirás de no haber perdido á tu madre desde la cuna. No te volveré á ver, ni te reconoceré tampoco; y si á pesar de todo vuelves á esta lúgubre habitación para mirar por última vez mis facciones inanimadas, ¡quiera Dios que se reanime mi cadáver para poder maldecirte cuando te acerques á mí!

Serenada en parte por la violencia de esta amenaza, y también (aunque parezca monstruoso) por la vaga impresión de que acababa de cumplir con un deber religioso, la viuda devolvió el libro al viejo y guardó silencio.

—¡Vaya!—dijo Jeremías,—advirtiéndoles ante todo que no quiero colocarme entre ustedes dos como pantalla, me atreveré á preguntarles, puesto que se me ha llamado como testigo: ¿qué significa esto?

—Puede usted pedirle la explicación á mi madre—contestó Arturo viendo que la viuda no tomaba la palabra;—pero... no



se hable más de ello; lo que yo he dicho, sólo se lo he dicho á mi madre.

—¡Oh!—exclamó el viejo,—¿he de pedir una explicación á su madre? ¡Muy bien! Pero la señora dice que usted ha sospechado de su padre, y esto no lo hace un buen hijo, señor Arturo. ¿De quién no tendrá usted sospechas si se las infunde el autor de sus días?

—Basta—dijo la señora Clennam, volviendo la cabeza para no ver en aquel momento más que á Jeremías; no quiero que se hable más de esto.

—Bien, pero... permítame usted un momento—insistió el viejecillo;—veamos cómo queda la cosa. ¿Ha dicho usted al señor Arturo que no debe sospechar de su padre, que no tiene derecho para hacerlo, y que sus sospechas son infundadas?

—Se lo digo ahora.

—¡Ah! muy bien—replicó el viejo,—se lo dice usted ahora; pero no se lo había dicho aún. ¡Bien, bien! quedamos entendidos. Ya sabe que he servido mucho tiempo de pantalla entre usted y su esposo, tanto que no parece sino que la muerte no ha cambiado en nada mi porvenir, por lo cual, si he de quedarme, quisiera aclarar bien todas las cosas. En cuanto á usted, señor Arturo, sepa que no tiene derecho para sospechar de su padre, ni tampoco fundamento para ello.

Al pronunciar estas palabras puso sus dos manos sobre el respaldo del sillón de ruedas, y acercó lentamente al pupitre á su señora.

—Y ahora—dijo, permaneciendo en pie detrás del sillón,—para no marcharme dejando las cosas á medio arreglar, y á fin de que no vuelvan á llamarme si se incomodan otra vez, preguntaré si el señor Arturo ha dado á conocer su resolución respecto á los negocios de la casa.

—Renuncio á ellos—dijo Arturo.

—En favor de nadie ¿eh?

La señora Clennam dirigió una mirada á su hijo, que apoyado contra una ventana, sorprendióla al punto y contestó:

—En favor de mi madre, como es natural; ella hará lo que guste.

—Y yo—repuso la señora Clennam, después de una breve pausa,—si pudiera tener alguna satisfacción después de tan amargo desengaño, cuando esperaba que mi hijo comunicase á nuestra casa un nuevo impulso para hacerla rica y poderosa, sería la satisfacción que me ofrece el otorgar un ascenso á un anciano y fiel servidor. Jeremías—añadió, dirigiendo la

palabra al viejo,—el capitán abandona su buque; pero tú y yo bogaremos siempre con nuestro antiguo pabellón si no naufragamos.

Jeremías, cuyos ojos brillaron como si viesan oro, lanzó al hijo una rápida mirada, que parecía decir: «No tengo ninguna obligación con usted, porque ya no es aquí nada.» Después sacando el reloj de las profundidades de su bolsillo, dijo, cambiando de conversación: es la hora de las ostras; voy á ordenar que las traigan.

Pero la señora Clennam, resuelta á tratarse con todo rigor, por haberse sospechado que ignoraba lo que era una reparación, rehusó comer las ostras que le presentaban, aunque tenían un aspecto muy apetitoso; había ocho, dispuestas en círculo en un plato blanco colocado sobre una bandeja cubierta de limpiísima servilleta con acompañamiento de manteca, un panecillo y un vaso de vino mezclado de agua muy fresca. La viuda resistió á la tentación é hizo retirar la bandeja, inscribiendo sin duda este sacrificio en el *haber* de su libro de la Eternidad.

Las ostras no habían sido servidas por Affery, sino por la joven que acudió presurosa al sonar la campanilla, la misma que Arturo entrevió la víspera. Clennam pudo observar esta vez, que por su escasa estatura, sus facciones delicadas y su pobre vestido, parecía mucho más joven de lo que era en efecto, pues aun cuando seguramente no contaba mucho menos de veintidós años, cualquiera hubiera creído, al verla pasar por la calle, que sólo tenía doce ó trece. Y no porque sus facciones fuesen muy juveniles y candorosas, pues por el contrario, asemejábanse á las de una mujer que sufre cuidados y disgustos; mas era tan pequeña y vivaz, tan callada y tan tímida, que al lado de aquellos tres viejos de facciones duras y secas parecía verdaderamente una niña.

La señora Clennam, á pesar de su frialdad, manifestaba cierto interés á su joven protegida, tanto, que cuando ésta acudió al oír el campanillazo, hubiérase podido observar que mientras la madre rechazaba al hijo con un ademán, dulcificó su mirada al fijarla en la joven. Así como existen grados de dureza en el metal más resistente y matices de color hasta en el negro, del mismo modo en la acritud de las relaciones de la señora Clennam con la humanidad en general, y con la joven Dórrit en particular, había una gradación de tintes diversos.

La niña Dórrit era costurera á jornal, pero jornal muy es-



caso; debía trabajar desde las ocho de la mañana á las ocho de la noche; presentábase con la puntualidad de un reloj, y con la misma se marchaba, sin que se la volviese á ver hasta el día siguiente. ¿Qué hacía la pequeña Dórrit el resto del tiempo? Aquí estaba el misterio.

Observábase además en la joven otro fenómeno: habíase convenido en el contrato de la costurera que se le daría su jornal y la comida; pero la pequeña Dórrit manifestaba gran repugnancia á comer con los demás, y no lo hacía nunca cuando hallaba medio de evitarlo; muchas veces alegaba por excusa que debía concluir alguna costura antes de ponerse á la mesa ó preparar un nuevo trabajo; y valíase, en fin, de toda clase de inocentes subterfugios para comer sola. Cuando lograba su objeto y le era permitido llevar su plato á cualquier parte, aunque hubiese de ponerle sobre sus rodillas, sobre una caja, ó hasta en el suelo, quedaba contenta toda la tarde.

No era fácil estudiar el semblante de la pequeña Dórrit, no sólo á causa de su carácter reservado, sino porque siempre trabajaba en los rincones más apartados, y huía con temor cuando la encontraban en la escalera; pero su rostro, pálido y transparente, tenía mucha expresión, aunque en las facciones no hubiese nada admirable, exceptuando sus ojos castaños de dulce mirada. Cuando la joven se ocupaba en el trabajo, su cabeza ligeramente inclinada, su esbelto talle y sus diminutas manos, muy activas, ofrecían un conjunto seductor.

Gracias á sus propios ojos y á la lengua de Affery, Clennam supo en el transcurso del día estos pormenores sobre la pequeña Dórrit. Si Affery hubiese tenido opinión propia, sin duda se habría declarado contraria á la joven costurera; pero como *los otros dos* le dispensaban deferencia, no tenía más remedio que hacer lo propio; del mismo modo se habría conformado si *los otros dos* hubiesen resuelto asesinar á la pequeña Dórrit.

En los breves ratos de que podía Affery disponer mientras se hacía la comida, puso en conocimiento de Clennam los pormenores de que hemos hablado, abriendo á cada momento la puerta para atisbar si venía alguien, y aconsejando á Arturo que se resistiese á *los dos maliciosos*. En Affery había llegado á ser una verdadera monomanía el deseo de que el hijo único de la casa se midiese contra los dos personajes que eran su pesadilla.

En el transcurso del día, Clennam tuvo también tiempo para recorrer la casa, más lúgubre y sombría aun que en otra

época. Aquellas habitaciones desiertas hacía tantos años, parecían haber quedado relegadas al olvido; hubiérase dicho que el mobiliario, incompleto é incómodo, más bien estaba allí para ocultarlo que para servir de adorno; todo vestigio de colores había desaparecido bajo la influencia de los rayos del sol; el pavimento estaba resquebrajado, y los techos se desvanecían bajo nubes de humo y capas de polvo. En aquellas chimeneas, heladas como la muerte, nada indicaba que el fuego hubiese ardido alguna vez; en una sala que había sido en otro tiempo salón, conservábanse todavía dos míseros espejos, y en el suelo veíase la figura de un Cupido roto que se había desprendido de su base. La habitación que servía de despacho al difunto padre de Arturo, tal como recordaba haberla visto en su infancia, había cambiado tan poco, que cualquiera habría podido figurarse que el negociante, ya invisible, seguía habitándola, como su esposa visible aquella otra habitación del piso superior; mientras que Jeremías Flintwinch iba y venía de una á otra como mediador entre ambos esposos. El retrato obscuro y sombrío del señor Clennam padre, pendiente del muro, parecía mirar fijamente á su hijo, como en el momento en que la muerte iba á cerrar sus ojos, para recomendarle, bajo las penas más terribles, que terminase la obra por él comenzada con tan esforzado ánimo. Desgraciadamente, Arturo no tenía ninguna esperanza de obtener de su madre la menor concesión en este sentido; y en cuanto á los demás medios de resolver sus dudas y calmar sus escrúpulos, hábale sido forzoso renunciar á ellos hacía mucho tiempo. Arturo quiso también bajar á los sótanos, donde, así como en las alcobas, vió muchos objetos que le eran conocidos, y los cuales no habían cambiado de lugar, aunque estaban carbonizados por la acción del tiempo; las botellas vacías hallábanse cubiertas de una capa de moho verdoso, y los toneles casi desaparecían bajo espesas telarañas. La última habitación que Arturo visitó fué el archivo, lleno de antiguos libros de comercio, los cuales exhalaban un olor de humedad corrompida, tan insoportable, que muy pronto hubo de salir de allí.

A eso de las dos se sirvió la comida con una humildad enteramente cristiana, después de haber puesto un pequeño mantel en la extremidad de la gran mesa del comedor. Arturo comió en compañía del viejo Flintwinch, quien le anunció que la señora Clennam había recobrado ya su serenidad y que no era de temer hiciese ninguna alusión sobre lo ocurrido.



El viejo comenzó á preparar su pequeño escritorio cuando se hubo atracado bien de carne y de cerveza, halagado sin duda por su reciente ascenso; y despojándose de su levita, comenzó á trabajar con afán. Arturo comprendió fácilmente que tan inútil sería contar con los servicios de aquel viejo zorro, como con los del retrato de su padre para averiguar cosa alguna.

—¡Hola, Affery!—exclamó Jeremías al ver á su esposa cruzar el vestíbulo,—aun no habías hecho la cama del señor Arturo cuando yo he subido; á ver si despachamos pronto.

Pero á Clennam le parecía la casa demasiado triste y lúgubre, y no estaba dispuesto á presenciar una invocación de venganza contra los enemigos de su madre, en la cual no estaba tampoco seguro de no ser comprendido; y en su consecuencia anunció que se alojaría en el hotel donde había dejado su equipaje. Como á Flintwinch le convenía sin duda que Arturo no estuviese en la casa, y á la señora Clennam no le desagradaba que se fuese, pudo efectuar el cambio de domicilio sin que se promoviese ninguna cuestión. Convinióse en que la viuda, Flintwinch y él se reunirían diariamente, consagrandó algunas horas á la comprobación indispensable de varios libros de cuentas y documentos; y arreglado así, Arturo abandonó el hogar doméstico, donde había vuelto á entrar al cabo de tantos años.

Por espacio de dos semanas trabajóse activamente en dicha comprobación, desde las dos de la mañana hasta las seis, deducidos los intervalos de reposo, durante los cuales la enferma observaba fielmente su régimen de ostras y perdicés, mientras que Arturo se paseaba un poco. La joven Dórrit estaba algunas veces allí, ocupada en alguna costura, y otras no estaba, ó bien presentábase como humilde visitante. La curiosidad que desde un principio inspirara á Clennam aumentó de día en día, á fuerza de ver á la joven, de contemplarla y de pensar en ella. Bajo la influencia de una formal preocupación que acabó por una idea fija, hasta tomó la costumbre de discutir consigo mismo las probabilidades de que la pequeña Dórrit estuviese mezclada de un modo cualquiera con sus escrúpulos. Por esto resolvió al fin seguir á la joven y tomar informes sobre ella.



## CAPITULO VI

### El Padre de la Mariscalía

Treinta años hace, á pocos pasos de la iglesia de San Jorge, en el distrito de Suthwark, veíase á la izquierda de la calle la prisión conocida con el nombre de *Mariscalía*, destinada principalmente á los encausados por deudas; contaba muchos años de existencia, y aún se conservó algún tiempo después de dicha época, pero ha desaparecido ya, sin que nadie le eche de menos.

Era un edificio oblongo, especie de cuartel dividido en miserables casuchas apoyadas unas contra otras, y circuidas por un estrecho patio protegido por altas paredes coronadas de puntas de hierro, como conviene á una cárcel.

Esta prisión, pequeña y malsana, contenía en su seno otra, de peores condiciones aun, para encerrar á los contrabandistas. Los delincuentes que habiendo faltado á las leyes ó re-